

REVISTA INFANTIL
(APARECE LOS VIERNES)

El Colegial

AÑO I
18 DE JULIO DE 1941
N.º 14

M. R.

PRECIO
\$ 1:-



ESTHER



EL QUELTEGÜE

CLASE AVES

(*Belonopterus cayenensis occidentales*)

Terile, treguil son los nombres vulgares con que nuestra gente de campo llama a esta ave tan hermosa como útil a la agricultura.

No es raro encontrarla en los jardines donde presta grandes servicios destruyendo todos los insectos nocivos a las plantas.

El Queltegüe es común en todo Chile y habita en los potreros húmedos y vegas en busca de su alimento que consiste en gusanos, lombrices, vive por lo general en pequeñas bandadas de ocho hasta cincuenta o más individuos.

Siempre que nota la presencia de una persona en los potreros vuela y grita constantemente.

Anida en el suelo, pero prefiere el suelo seco, en una pequeña cavidad coloca en ella algunas pajas o yerbas secas y sobre ella pone sus huevos que son de color café claro salpicados con manchas de café oscuro. Los pollos son autófalos y de un color que los hace semejantes al terreno donde viven. Este color los defiende muy bien del hombre y otros enemigos. Es una ave digna de la protección del hombre por los grandes servicios que presta a nuestros campos.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco de Santiago).

(APARECE LOS
VIERNES)

Casilla 6562
—Correo 4.—

Santiago de Chile.

AÑO I

REVISTA INFANTIL

N.º 14

El COLEGIAL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:

\$1.-

SUSCRIPCIONES

EN CHILE:

Anual . . . \$ 50.—

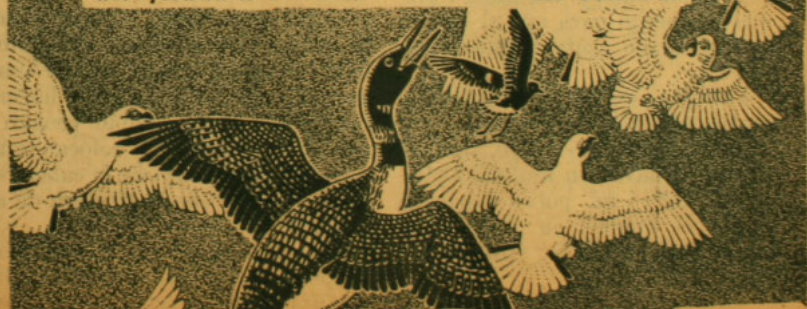
Semestral . . 25.—

MI CHARLA DE HOY

Queridos amiguitos: Quiero hablarles hoy día de algo que me fué sugerido por la conducta de un compañero de colegio. Este niño tiene la costumbre de hacer promesas a cada instante reforzándolas con esta afirmación: "¡Palabra de honor!". Pero es el caso que luego se le olvida y la palabra de honor resulta para él un mero juego y para los demás una pura chacota.

Contra esta mala costumbre de dar a cada paso su palabra de honor como quien da una cosa sin importancia, hay que reaccionar vivamente, mis queridos amiguitos. La palabra de honor, por lo mismo que es sagrada, debe respetarse al pie de la letra. Y como las cosas sagradas no se reparten a tontas y a locas, debemos también dar nuestra palabra de honor sólo en las ocasiones serias y graves. Entonces nuestra palabra será de valor inapreciable y todo el mundo tendrá fe en ella. Estoy seguro de que los grandes padres de la patria respetaron siempre su palabra de honor y estoy seguro también, que sólo la daban en casos verdaderamente serios y graves, sobre todo, cuando de ella dependía el destino de nuestro querido Chile. Imitémosle, y sepamos como ellos, respetar siempre nuestra palabra de honor. ¡Hasta el Viernes!

EL COLEGIAL





RESUMEN: María y Walter prisioneros del Sultán de Constantinopla son bien tratados, hasta el momento en que el niño se niega a abrazar el islamismo, entonces el soberano le mandó azotar y luego le arrojaron en un rincón sobre la paja, en una cuadra, donde le encuentra su amigo Francisco.

CAPITULO VII

Walter, en medio de la obscuridad, dice:

—¿Eres tú, querido Francisco, No te había conocido. ¿Cómo te va? ¿Hay aquí, en las cuadras, algunos otros compañeros?

—Me va muy mal, y lo mismo a Carlos. Los otros compañeros nuestros están trabajando en el jardín o en la cocina. Mucho trabajo, mal comidos y no pocos golpes, este es el pan nuestro de todos los días. Pero ninguno de nosotros hemos sido martirizados como tú. Me parece que hemos envidiado sin motivo tu oficio y tus buenos vestidos. Pero, ¿qué has hecho para que el Sultán haya mandado azotarte tan cruelmente?

Walter se sonrió con tristeza, al ver sus pies tan hinchados.

—¿Cuánto tiempo, dijo, tardaré en poder andar con muletas? ¿Cómo se afligirá mi pobre hermana cuando el Viernes no pueda ir al jardín de las rosas a reunirme con ella.

—No te aflijas, respondió Fran-

cisco. Dice Bayaceto que dentro de tres o cuatro semanas estarás curado y que podrás andar tan bien como antes. Procura ahora que el Sultán no se irrite de nuevo contra ti, pues nuevos golpes en los pies recién curados fácilmente podrían dejarte inválido. Pero, dime, ¿qué has hecho para ser maltratado de ese modo?

Walter relató sencillamente a su camarada cuanto le había sucedido, mientras éste renovaba los paños de las heridas. Francisco le dijo admirado:

—Te has portado heroicamente. No lo hubiera creído en un joven tan delicadamente educado como tú. No sé si Carlos y yo, que tenemos los huesos más duros, habríamos soportado esta prueba. Pero, ¿qué sucederá cuando pasados 15 días el Sultán renueve su exigencia?

—Tendré fuerzas para resistir otros golpes. Entretanto rogad por mí, Carlos y tú, como también los demás compañeros.

—Así lo haremos, Walter, y ahora que ya tienes los pies envueltos, hasta mañana temprano. Procura dormir y que no te molesten los mozos de la cuadra cuando vengán a cuidar los caballos. Y colocando un saco de heno debajo de la cabeza de Walter, para que le sirviera de almohada, se alejó.

En efecto el niño se durmió y no despertó hasta bien entrado el día, a causa del ruido que hacían los ca-

ballos que en doble fila ocupaban la cuadra. Poco después vinieron Carlos y Francisco, vigorosos hijos de labradores de las cercanías de Neuhausel, y le llevaron el desayuno. Muy poco pudieron hablar, pues el vigilante les mandó ir a su trabajo. A poco, el viejo Bayaceto examinó a Walter los pies y le aplicó unas hierbas machacadas que le produjeron vivo dolor, y luego el niño se quedó solo durante el día.

De pronto llegó Francisco apurado con la noticia de que habían llegado dos misioneros y que iban a rescatarlos a todos. No es posible imaginar el efecto que causó en Walter tal noticia.

Pensando en esto se decía: ¡Todos serán rescatados, y yo tendré que quedarme aquí sin poder acompañarles. Lloraba y procuraba resignarse.

Todavía estaba luchando consigo mismo cuando oyó voces que se iban acercando, y al levantar la cabeza, vió los ojos compasivos del Padre Martín y del Padre José, quienes venían acompañados de Abdulah; saludaron al niño.

—Bien, hijo mío, dijo el anciano, Nosotros queremos rescatarte, pero el inspector cree que el Sultán no consentirá en ello. Sin embargo, no queremos perder la esperanza, y pondremos en juego todos los recursos para conseguir su consentimiento. Tu padre me encargó, en Viena, que me informara de tu paradero.

—¡Oh! ¿Vive mi padre? ¿Y mi madre fué también cautivada por los genizaros?

—No, está en Viena con tu padre, pero muy triste pensando en ti y en tu hermana.

—Rescatad siquiera a mi hermana, y volvedla a mis padres, di-

jo Walter; yo viviré y moriré en la esclavitud si el Sultán no quiere dejarme ir, o si no tenéis recursos suficientes para rescatarnos a ambos.

Achmet-Effendi que apenas podía ocultar la congoja que le causaba aquellas palabras, llamó aparte a Abdulah, y le preguntó:

—¿No suele ocurrir que los niños mueran a consecuencia de este tormento?

—Raras veces, contestó, pero suelen morir algunos esclavos de la fiebre que a veces sobreviene.

—Y bien: decid que ha muerto de fiebre, si el Sultán pregunta por él. ¿Me entendéis? Nos repartiremos los 500 marcos que darán, y que se lleven al pobre muchacho.

—¿Y tu cabeza y la mía, amigo? respondió Abdulah. ¿Cómo lograremos sacar al niño del palacio sin ser descubiertos?

—Suponiendo que se muera, ¿cómo sacáis su cadáver?

—Arrojándolo al mar por el muro del jardín con una piedra al cuello, para que se lo coman los peces.

—Bueno, dijo el intérprete. Ya veremos cómo. Dí al Sultán cuando pregunte por él, que está muy enfermo, y déjame a mí todo lo demás, sabio Abdulah.

—No digo que sí, ni digo que no. Asunto es éste que debe reflexionarse. El negocio de los esclavos no se terminará hoy, y a la tarde anunciarán los cañonazos el principio del Ramadán. Entre tanto, veremos si el Sultán se acuerda del niño.

Después de esta prudente conversación, el viejo Abdulah hizo seña a los misioneros de que ya era hora de alejarse.



Y bien: decid que ha muerto de fiebre, si el Sultán pregunta por él.
¡Me entendéis!

Mientras tanto, Janos y Jorge habían sido conducidos a la casa del Gran Visir. Los primeros días se les concedió gran libertad; recorrieron toda la ciudad y visitaron las magníficas mezquitas. Les enseñaron el nicho que hay en la parte posterior de las mezquitas, llamado Mihrab, que mira a la Meca, ciudad del Profeta. Vieron también a la izquierda del nicho, la tribuna de oro del Sultán, y a la derecha el púlpito desde donde el Mufti explicaba el Corán todos los Viernes.

Luego fueron a dar un paseo en bote por el magnífico Bósforo e hicieron visitas a algunas quintas de recreo, admirando sus jardines incomparables.

Algunos días después, el Gran Visir les dió caballos pequeños, pero fogosos, para que se ejercitasen en montar y en combatir bajo la vigilancia de un genízaro; pues pasado el Ramadán debían cele-

brar en Adrianópolis una gran revista de tropas y debía ponerse en camino la expedición militar contra el occidente, en la cual habían de tomar parte los dos jóvenes en la escolta de Kara Mustafá. Janos era un jinete, y este ejercicio no se le hizo difícil; pero Jorge, que en su vida había montado a caballo, fué objeto de burlas y censuras del genízaro.

El día anterior al Ramadán, ambos niños fueron llamados repentinamente por Kara Mustafá. Cuando ellos entraron a su aposento estaba allí Vanni-Effendi, el Mufti del Sultán y gran número de visitantes. Todos dirigieron miradas investigadoras a los jóvenes, los que a una señal del Gran Visir, se prosternaron en tierra delante del grupo.

Después de breve pausa, les preguntó Kara Mustafá si estaban dispuestos a abrazar el mahometismo.
(Continuará)

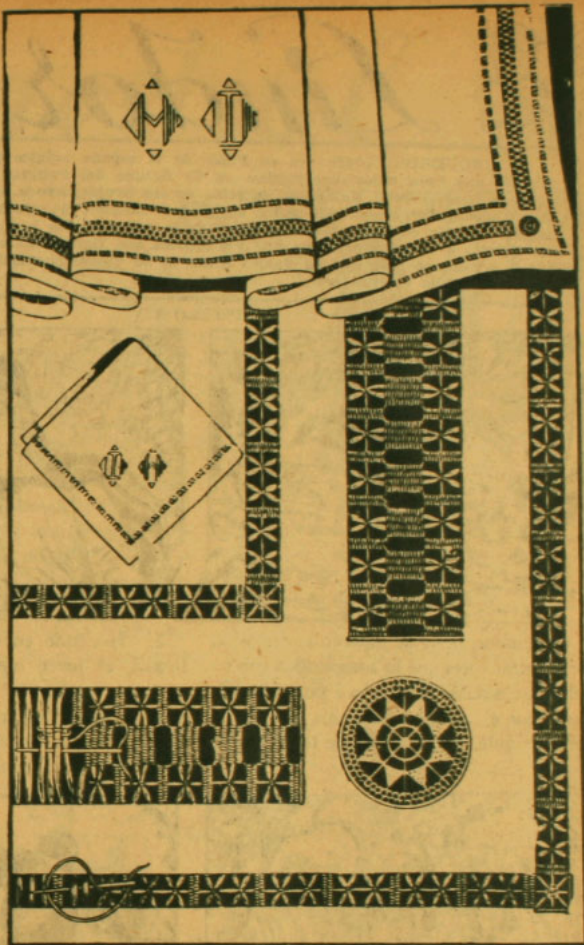
EL BORDADO DESHILADO

El bordado deshilado ha sido siempre el preferido para adornar la ropa de cama porque se presta como ningún otro para esta clase de motivos.

El modelo que aquí vemos está adornado con dicho bordado combinando tres franjas de deshilado, una ancha en el medio y dos angostas en los lados. La aplicación de Venecia que adorna los ángulos y las letras bordadas en punto cordón completan el adorno de estas bonitas piezas.

Para realizar el deshilado ver detalle del punto.

Punto cordón: En primer lugar se pasan por las líneas del dibujo una bastilla, luego colocar sobre esta bastilla dos hebras de algodón como guía, encima de las cuales se borda el punto, que consiste en dar puntadas horizontales muy juntas y exactamente iguales.



Recetas

Pescado con crema de leche

Ingredientes: 1/2 kilo filete de corvina o congrio, 2 huevos, 1/4 litro leche, sal, perejil picado 1/2 cucharada mantequilla.

Procedimiento: Lavar el pescado, cortarlo en trozos, sazonarlo con

sal y colocarlo en una budinera. Batir los huevos, agregarles la leche y vaciarlos encima. (Esta crema sólo debe cubrir el pescado). Romper la mantequilla y distribuirla encima. Cocerlo en un horno moderado durante 20 minutos. Espolvorearle el perejil antes de servirlo.



Lindor el

RECUERDE: Lindor va en busca de la espada mágica y el guantelete encantado que unos monstruos vigilan en El Bosque del Peligro. El mago Persides ayuda a Lindor; pero Malagesta, la reina de las brujas, ayuda al señor de Faunas, el matador y despojador del padre de Lindor. Después de muchas peripecias y de haberse librado de todas las asechanzas de la reina de las brujas, llega al Bosque del Peligro y se da cuenta de que los árboles son figuras humanas. Siente voces que lo amenazan para que se vuelva atrás, si no quiere convertirse también en un árbol de aquella maldita selva.

CAPITULO XIV



1. Lindor, lleno de espanto se detuvo al oír aquellas voces que lo amenazaban con terribles hechicerías. Estaba ya a punto de volverse por el camino que había seguido al venir, cuando se le ocurrió que todo eso podía ser sólo ilusión.



2. Haciendo enormes esfuerzos de voluntad, el joven menestral decidió seguir adelante, a pesar del espantoso vocerío que salía de todos los troncos y ramajes de la selva encantada. —¡Atrás, atrás, infeliz!, le gritaban. Pero Lindor seguía adelante.



3. Venciendo miles de dificultades, Lindor avanzaba lentamente, sin querer ver ni oír nada. Hasta que sintiéndose por fin muy cansado y viendo que la noche había caído sobre la selva, resolvió acostarse sobre la hierba y pasar allí la noche.



4. Mientras tanto, el mago Persides a esa hora, como de costumbre, estaba entregado a la lectura de viejos y misteriosos libros de magia. Fué así, como sintió el rumor de una vibración de cuerda. Era la cuerda del violín que Lindor tenía en la mano.

Menestral



5. En el acto, Persides comprendió que algo grave ocurría a su joven protegido y recurriendo a su espejo mágico pudo ver a Lindor recostado en la hierba del Bosque del Peligro. Y también vió muy alarmado que unas monstruosas arañas habían tejido una tela alrededor del joven dormido, donde sin duda moriría dentro de poco.

6. El buen mago Persides llamó entonces al duende Cachetín y le dijo: —El joven menestral ha sido capturado en una tela tejida por las brujas de Malagesta. Debes ir allá y prestarle ayuda antes de que sea demasiado tarde. Si al amanecer el joven Lindor no ha sido libertado de la tela embrujada, no volverá a ver la luz.



7. Bien, señor, respondió el duendecillo. Pero creo que mi sola presencia no bastará para salvar al joven menestral, por quien siento muchas simpatías.—¡Claro que no bastará tu sola presencia! respondió Persides. Pero yo te daré los medios para que puedas luchar contra las brujas de Malagesta convertidas en arañas.

8. Persides dió al duende Cachetín una cajita con polvos maravillosos y lo instruyó acerca del modo cómo debía proceder. En seguida soplando sobre Cachetín lo convirtió en un murciélago. El murciélago salió volando y llegó al Bosque del Peligro. Revoleó por encima de las arañas y les lanzó el polvo de la cajita...

(Continuará)



RECUERDE: Damián y Paulina descubren un día que son huérfanos y que han sido recogidos por los que ellos creían sus padres. Abandonan la casa del pescador y por el camino encuentran a un moribundo que les confía una chaqueta en cuyos forros hay oculta una fortuna que los niños prometen poner en manos de la hija del moribundo. Están a punto de ser despojados por dos maleantes, pero son salvados por un caballero que los lleva a Santiago en su automóvil. Allí los niños saben que la hija del caminante murió y dejó un hijo que trabajaba actualmente en las minas de Lota. Damián y su hermana abandonan la casa del caballero porque éste quiere enviarlos a su familia y se van a Lota. Se les hace la noche y entran en la galería de una mina abandonada para dormir. Un minero supersticioso los confunde por duendes y otro minero le apuesta que él pasará tres horas dentro de la mina, sin ningún temor. Pero de pronto el minero siente unos quejidos.

CAPITULO XIV

Creviendo que se trataba de almas en pena, Pedro se estremeció de espanto. Estaba a punto de echar a correr para salir de la galería, cuando sintió las voces de sus amigos que lo llamaban desde afuera. En ese mismo instante escuchó detrás de él, como surgida de la tierra, una voz humana que resonaba apagadamente como un largo lamento. Esta vez Pedro no fué dueño de sí y salió corriendo de la galería.

—¿Qué te pasa? le dijeron sus amigos al verlo tan agitado.

—¡Que no quiero seguir la prueba! Benjamín ha ganado.

—¿Pero por qué? lo interrogaron. ¿Acaso viste a los duendes?

—No los vi, pero los oí.

—¿Qué estás diciendo!

—Duendes o almas en pena, respondió Pedro.

A la luz de la lámpara sus amigos vieron su frente bañada en sudor y su rostro muy pálido. Eso los impresionó sobremanera. El más valiente y el menos supersticioso de los mineros, dijo:

—Creo que haríamos bien en ir a ver para darnos cuenta cabal de la cosa.

La proposición pareció aceptable, en todo caso, nadie la rechazó. Y uno tras otro se metieron en la galería. Pedro y Benjamín iban a la cola. Recorrieron así como veinte metros, hasta que Pedro dijo de repente:

—Aquí estaba yo, cuando sentí los lamentos de las ánimas.

Todos se detuvieron y se pusieron a escuchar. Efectivamente, unos lamentos vagos, imprecisos, lejanos llegaron a oídos de los mineros...

—¡Animas!

—Sí, penan en esta mina... Deben ser almas de condenados...

—¿Qué haríamos si se nos aparecieran...?

Ante esta eventualidad, todos hicieron un brusco gesto y se dirigieron precipitadamente a la salida de la mina. Se quedaron un momento

fuera, cambiando ideas y propósitos sobre lo que habían escuchado dentro de la mina. Por último convinieron todos en que era hora de dormir y dispersándose se marchó cada uno para su vivienda.

Pero al día siguiente hicieron comentarios delante de los demás compañeros, sobre la expedición nocturna. Algunos dijeron que se trataba de bromistas; pero los viejos empezaron a contar historias de aparecidos, viejas leyendas de la región y de las minas en particular. Propagada de boca en boca, la historia de las ánimas o duendes llegó a oídos del jefe, un gringo bonachón a quien todos los mineros querían y respetaban. Y como alguien señalara a Pedro como uno de los héroes de la aventura, el jefe se acercó al joven minero y le dijo:

—¿Con que Ud. es el de los cuentos de fantasmas?

—No son cuentos, señor Simpson, es la pura verdad. Todos mis compañeros sintieron los lamentos de las ánimas que penan en la galería de la mina vieja.

—¿Qué raro! dijo intrigado mister Simpson.

Preguntó a los compañeros de Pedro y todos afirmaron que Pedro decía la verdad.

—Bueno, dijo el jefe; creo que ustedes hablan de buena fe. Pero, en ese caso, han sido víctimas de un bromazo. Yo no creo en duendes ni aparecidos.

—Si usted fuera con nosotros a la mina, creo que oiría lo mismo que nosotros, insistió Pedro.

—No es mala idea. De todos modos estaba deseando de echar un vistazo al pozo de esa mina vieja.

Una hora más tarde, acompaña-

do de dos operarios expertos en albañilería y carpintería, Vila y Ramos, se metió en la galería de la mina vieja. Los tres iban provistos de lámparas de seguridad. La galería descendía suavemente. Al cabo de haber recorrido unos treinta metros, Ramos dijo:

—Señor Simpson, déjenos pasar a nosotros adelante; veo que el techo de la galería baja mucho y que la armazón de madera está en un estado bastante ruinoso.

En silencio el jefe dejó pasar a sus subordinados. Mientras los dos operarios avanzaban cautelosamente, murmuraban:

—¡Malo, muy malo está todo esto!

De repente se detuvieron.

—¡Diablo, la galería está obstruída! Ha habido un derrumbe.

Levantando las lámparas examinaron el sitio del derrumbe. Vila exclamó:

—¡Cuidado, señor Simpson! Creo que bastaría un estornudo para derrumbar lo que todavía queda en pie. Pero, ¿dónde se habrán metido los duendes de Pedro?

En efecto, hasta entonces no habían visto ni oído nada que saliese de lo normal. Pero como si las palabras de Vila hubiesen sido un conjuro, un lamento se dejó oír, vago, lejano. Los tres hombres se pusieron a escuchar con profunda atención. Y mientras los dos operarios, ganados por un principio de miedo se miraban desconcertados, el jefe preguntó:

—¿Cuándo ocurrió este derrumbe?

—A juzgar por el aspecto que tiene, dijo Ramos, este derrumbe debe haber ocurrido hace unos tres días a lo más.



Somos dos hermanos y un perro, contestó Damián a las preguntas que hizo mister Simpson.

—¡Oh, creo que no me equivoco! murmuró el jefe.

—¿Qué relación tienen esos lamentos con el derrumbe, señor? preguntó Ramos.

—¡Caramba! ¿No se lo imaginan ustedes? La relación que hay es que cuando ocurrió este derrumbe, la galería estaba ocupada. Por un milagro que yo no me explico bien, la gente que estaba aquí, se ha quedado encerrada, sin ser aplastada por los escombros.

—¡Qué está diciendo, patrón! exclamaron Ramos y Vila, empezando a comprender.

—Sí, muchachos. Esos lamentos no son lanzados por ánimas ni duendes; son lamentos de personas que piden socorro. Escuchen... ¿No sienten?... son acompasados y regulares...

—Tiene razón patrón, dijo Ramos.

—Pronto hagan la reparación de

ese armado, mientras yo voy en busca de gente para sacar los escombros. ¡Con tal que lleguemos a tiempo!

Media hora después, los hombres traídos por mister Simpson estaban en pleno trabajo, apartando los escombros del derrumbe. Las voces del otro lado se hacían más claras, hasta que el jefe hizo callar a todo el mundo y preguntó en alta voz:

—¿Cuántos son ustedes?

Del otro lado llegó una voz infantil:

—Somos dos hermanos y un perro.

—¿Son ustedes del pueblo?

—No; hemos venido de Santiago.

—¿Pero tienen parientes aquí?

—No; hemos venido a ver a un minero llamado Gastón Ramos Barrientos.

Los operarios trabajaron en seguida con ardor hasta que por fin

quedó abierto un gran boquete a través del cual y a la luz de las lámparas se veían dos cuerpos humanos tendidos en el suelo. ¡Damián y Paulina estaban salvados! Los pobrecitos quisieron levantarse, pero no pudieron. El hambre los había debilitado extremadamente. Unicamente el perro Betún se enderezó con viveza y saltó hacia el boquete liberador, causando bastante temor al primer operario que entró. Poco después unas manos robustas se apoderaban de los huerfanitos y los colocaban en una angarilla.

—Cúbranles la vista para que no los ciegue la luz del día, pues han estado mucho tiempo en la obscuridad, ordenó mister Simpson. No lejos de la mina había un pequeño negocio donde se servía desayuno, almuerzo y comida. Allí fueron llevados ambos hermanos y se le sirvieron sendas tazas de café con leche.

—No se olviden del pobre Betún, suplicó Paulina indicando al perro. Y el pobre Betún también tuvo su parte.

Todos admiraban la resistencia de aquellos dos niños que habían permanecido tres días encerrados, sin comer nada más que unos pedazos de pan y de queso y bebiendo algún chorrito de agua que se filtraba por entre la tierra.

Del negocio, Paulina y Damián fueron trasladados a una de las salas de la oficina de la Compañía Minera donde se les colocó en buenas camas. En seguida los visitó el médico de la Compañía y ordenó que no dejaran entrar a los curiosos que se agolpaban al lado afuera, desecando ver a los niños “escapados de la mina”.

De pronto entró en la sala mister Simpson acompañado de un joven minero. Se dirigió al médico y le dijo:

—Traigo a este joven a quien pedían ver los niños, doctor. Es Gastón Ramos Barrientos.

Al oír este nombre, los huerfanitos volvieron la cabeza. La violenta alegría de hallar por fin al que buscaban durante tanto tiempo y por quien habían pasado tantas vicisitudes, hizo afluir un poco de sangre a sus mejillas.

El hijo de la señora Domitila Barrientos se acercó titubeando a los niños. Era un mozo robusto, como de veinticinco años de edad, vestido con overol.

—¿Parece que ustedes me conocen? dijo despacio.

Damián contestó:

—Si usted es el hijo de la señora Domitila Barrientos, entonces no nos hemos equivocado. Sin duda, debe usted conocer a la señora Regina Muñoz.

—Sí; era amiga de mi madre.

—Ella nos dió la dirección de usted.

—Entonces no hay error posible. Pero no comprendo por qué han venido de tan lejos a buscarme...

De pronto el joven minero se interrumpió como si repentinamente se le hubiese ocurrido una idea. Y preguntó a los niños:

—¿Acaso son ustedes los niños de quienes me habla un señor Sergio Villela en la carta que recibí de él?

(Continuará)

¿Qué contestan los niños al joven Gastón Ramos Barrientos?

HISTORIA GRÁFICA



89. El cacique Colo-Colo, en quien parecía revivir el espíritu de Lautaro y de Caupolicán, se apoderó de las armas y caballos del derrotado ejército de Villagrán y desde ese mismo momento los guerreros araucanos empezaron a adiestrarse como jinetes.



91. Cada vez más los indios mejoraban su táctica guerrera y en poco tiempo llegaron a manejar el caballo con suma destreza y en sus combates hacían uso terrible de las picas que habían quitado a los propios conquistadores. El lazo corredizo era también un arma formidable.



90. La audacia de Colo-Colo llegó hasta el extremo de lanzarse con sus guerreros a las mismas ciudades. Los habitantes de Chillán y de Arauco huyeron al norte del país dejando despobladas las dos ciudades. La guerra prosiguió con gran encarnecimiento.



92. La larga y enconada guerra destruyó a los colonos españoles y como no podían trabajar en paz, se descuidó el cultivo de la tierra y el empobrecimiento llegó a ser general. Muchos abandonaron el país y muchos también buscaron seguridad y paz en los conventos.



93. A toda esta mala situación vinieron a sumarse otras calamidades mayores. Un terremoto con salida de mar destruyó a Concepción en 1570. Y cinco años más tarde, otro terremoto echó a tierra las demás ciudades del Sur hasta Valdivia, aumentando así el desaliento.



95. Agobiado por los pesares, don Francisco de Villagrán no pudo resistir el dolor que le causó la muerte de su hijo y poco después bajó al sepulcro, siendo reemplazado en el gobierno por su primo don Pedro de Villagrán. Pero pronto fué reemplazado por Rodrigo de Quiroga.



94. Pero, a pesar de todo, los nuevos gobernadores que llegaban a Chile, se empeñaban en sostener una lucha encarnizada para dominar a los araucanos y la guerra se hacía cada vez más sangrienta y se cometían muchas crueldades por parte de ambos bandos en lucha.



96. Por este tiempo el rey de España, creyendo que la impericia y falta de prudencia de los gobernadores era la causa de la interminable guerra de la Araucanía, confió el gobierno de Chile a una Real Audiencia, compuesta de cuatro magistrados llamados *Oidores*.

CONCURSOS

ESTUDIANTILES

Gran entusiasmo ha despertado entre todo el elemento escolar, nuestros Concursos Estudiantiles, acerca de los cuales hicimos una reseña en nuestro número anterior.

La mejor prueba de que nuestra iniciativa ha encontrado una franca acogida y despertado extraordinario interés, es que nuestra edición del Viernes pasado se agotó completamente.

Por esta causa, y a fin de que todos los interesados que quedaron sin obtener la Revista, puedan imponerse de lo que dijimos respecto a nuestros Concursos Estudiantiles, lo reproducimos en estas páginas.

PRIMER CONCURSO

PARA EL

LICEO DE NIÑAS N.º 1

El Primer Concurso está dedicado al Liceo de Niñas N.º 1 "Javier Carrera", ubicado en C. N.º 1412 y será un "CONCURSO DE RECITACION" que se efectuará el Sábado 26 del presente mes, a las 3 de la tarde en el Teatro del Liceo.

Las Bases serán las siguientes:

1) Podrán tomar parte las alumnas que se consideren con las aptitudes del caso, debiendo dar con la debida anticipación a la

señora Inspectora General, su nombre y el de la poesía con que intervendrá en el Concurso.

2) La poesía que se elija deberá ser de un autor chileno.

3) Se asignará un Primer Premio de 100 pesos; un Segundo Premio de 50 pesos; y un Tercer Premio de 25 pesos. Se asignarán también cinco Menciones Honrosas de 5 pesos cada una.

4) Los premios serán asignados por un Jurado compuesto de tres personas: las dos primeras serán designadas por la señora Directora del Liceo y la tercera lo será el Director del Concurso.

5) Las agraciadas con los premios deberán entregar a "EL COLEGIAL" su fotografía, para ser publicada en la Revista.

MUY IMPORTANTE

De entre las Concursantes premiadas se seleccionarán oportunamente aquellas que en representación de cada colegio disputarán el TROFEO DEL AÑO en el GRAN FESTIVAL DE DICIEMBRE, en el cual todas las participantes obtendrán buenos premios en dinero, siendo el PRIMER PREMIO —a lo menos— de MIL PESOS.

CONCURSOS ESTUDIANTILES

UNA INICIATIVA DE "EL COLEGIAL"

que será recibida con satisfacción por todos los colegiales, chicos y grandes

El Presidente de la República, Excmo. Señor Don Pedro Aguirre Cerda, propicia un Plan de Chilenidad, que ha encontrado en todas las esferas, una entusiasta y cordial acogida.

El que fué el "Colegial N.º 1"; el que fué el "Maestro N.º 1", y el que hoy es el "Ciudadano N.º 1", ha pedido "a todos" que cooperen a su Plan; ha pedido que lo ayuden a realizar su obra grandiosa.

Y debemos secundarlo. Cada uno debe cooperar en la medida de sus posibilidades. De allí que "El Colegial", esta Revista in-

fantil que ya se va imponiendo en forma avasalladora de un extremo a otro del país, haya resuelto llevar a efecto algunas iniciativas que serán acogidas con gran entusiasmo no sólo por los colegiales y educadores, sino que también por la opinión pública en general.

"EL COLEGIAL" —ya lo hemos dicho— es una revista de los niños y para los niños.

Aceptará y publicará colaboraciones de toda especie: cuentos, poesías, dibujos, chistes, etc.

Aceptará toda clase de sugerencias res-

pecto a innovaciones y modificaciones que los niños estimen deba introducirse en la Revista, ya que desea tener presente siempre el punto de vista infantil.

Estimulará las condiciones especiales de los niños por medio de "CONCURSOS".

Estos "CONCURSOS" que realizará "EL COLEGIAL", serán otorgados POR MÉRITO, de modo que vendrán a fomentar entre los niños el mejor de los hábitos, como es confiar en sí mismo, desarrollar las cualidades innatas, destacarse, sobresalir, triunfar; pero por sus propios merecimientos y como una consecuencia lógica del mayor esfuerzo.

Efectuaremos pues, con el beneplácito y apoyo que han ofrecido a nuestra iniciativa las autoridades educacionales, Concursos de Recitación, Canto, Danzas, Dibujo, Literatura, etc. y periódicamente "EL COLEGIAL" discernirá Premios Especiales de conducta, disciplina y puntualidad.

¡La puntualidad! Cuántas situaciones se pierden en la vida por falta de puntualidad. Y los chilenos —desgraciadamente— tenemos fama de ser muy poco puntuales.

"EL COLEGIAL" asignará sus premios exclusivamente en DINERO EFECTIVO, ya que consideramos que esto—aunque muy prosaico— es lo más práctico.

Nuestro pensamiento es realizar estos "CONCURSOS" entre los alumnos de cada colegio, para al final del año realizar en algún teatro importante de la ciudad, un Gran Festival en que entrarán a competir los Liceos entre sí, por el "TROFEO DEL AÑO", presentando cada colegio los alumnos vencedores en los Concursos particulares de selección.

Esperamos que estos "CONCURSOS" nuestros, contribuirán a revelar los futuros valores chilenos que hoy están latentes en la infancia y la juventud escolar.

Y esperamos también que los padres de familia nos han de prestar todo su apoyo, a fin de que nuestra iniciativa pueda ser realizada con el mejor de los éxitos.

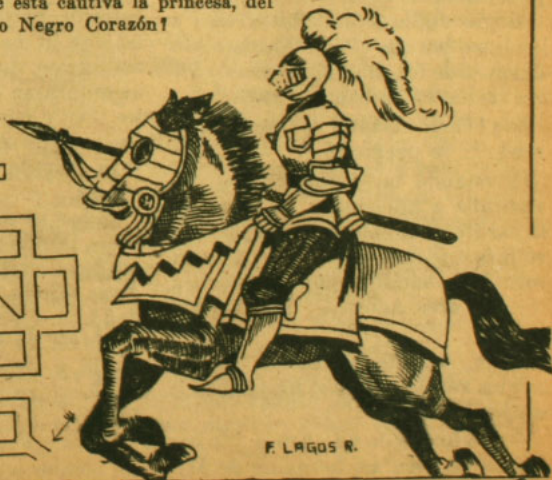
En estas páginas daremos a conocer semanalmente, todas las novedades que se relacionen con nuestros "CONCURSOS ESTUDIANTILES" y aquí también se publicarán en su oportunidad, los retratos y nombres de los agraciados y el monto de los premios que les hubiere correspondido.

Advertimos especialmente a nuestros lectores que todo asunto relacionado con estos Concursos, será atendido por el "DIRECTOR DEL CONCURSO ESTUDIANTIL", Teléfono 85152, Casilla 6562, Correo N° 4.

"El Colegial", 10 de Julio N.º 1140.



¿Cómo llegará el príncipe al castillo,
donde está cautiva la princesa, del
brujo Negro Corazón!



F. LAGOS R.

Achsa la Mendiga de Sepharvaim

Un día supo que Rabanna José era padre de un niño prodigioso a quien llamaban Jesús y de quien decían ser el Mesías prometido a los judíos. Una rara nostalgia invadió su espíritu y obedeciendo a un mandato de su corazón, quiso verlo y huyó de Samaria por entre montes y riscos de vuelta a Nazareth.

Llegó tras mucho andar a los bosques del Nebo donde estaba su vieja guarida; allí reposó una noche y luego bajó a Nazareth.

Al divisar la casita, su corazón tembló... Los pájaros cantaban como siempre en el huerto; las flores se mantenían lozanas y perfumadas, pero ya no se escuchaba el aserrar de maderas ni el canto delicado de Myriam.

Achsa comprendió llena de congoja que la casa estaba abandonada. Sobre la ventana del taller, secos y negros los panes y la uva, cubiertos por un lienzo gris de tierra y de tiempo.

Cogió sigilosa aquellos restos y los besó, porque ellos le decían que, a través de los días, su recuerdo había vivido en Rabanna José.

—¿Dónde están? ¿Dónde fueron?... se preguntó.

Y cuando la desesperación comenzaba a aprisionar su alma, de la casa vecina salió una mujer. Miró largamente a la mendiga y luego sonrió llamándola por su nombre.

—Tú eres Achsa... Por fin has vuelto.

Esta, huraña, sintiendo revivir añejos rencores, quiso huir, pero la mujer la detuvo.

—No huyas de mí, Achsa. Yo soy María de Cleofás, hermana de My-

riam. Ella dejó para ti un recado, diciéndome antes de partir:

—Hermana, si algún día regresa Achsa, dele esto de parte de Myriam y José; que la esperamos siempre y que siempre en nuestras meriendas hubo ración para ella; y que, a través de José, yo la quería.

Achsa clavaba sus ojos extraños en los de María de Cleofás y en ellos adivinó la verdad. Con rápido impulso cogió sus manos y las besó.

María de Cleofás la hizo entrar en su casa y, allí le contó la historia de su hermana y de los suyos. Narró el viaje de los dos esposos a Belén para cumplir el mandato del emperador romano Augusto. El nacimiento de Jesús en una gruta de Belén. La adoración de los pastores y los prodigios de aquella noche. La estado del matrimonio en una casita del lugar donde tres reyes magos del Oriente, guiados por una estrella prodigiosa llegaron para adorar al recién nacido. Le habló así mismo, del odio del rey Herodes al enterarse de que aquel niño era un rey; y por fin, su huída a Egipto, perseguido por su ira, que costara la vida a miles de niños inocentes.

Achsa escuchaba profundamente.

—¿Dónde está Egipto, galilea?... Mañana a esta hora volveré y tú me dirás dónde está Egipto... ¿verdad?...

María de Cleofás así se lo prometió y Achsa volvió a su cueva, donde durmió con un sueño profundo.

Al despertar, como un rayo de sol bienhechor rasgó su mente el re-

cuerdo de lo dicho por María de Cleofás.

—Myriam, Myriam, yo no supe leer en ti. Tú no eres como las otras galileas. Yo iré hasta ti, galilea y besaré el polvo que huellan tus pies y seré tu sierva y amaré a ese hijo tuyo bendito y mi voz se tornará dulce para hablarle, no sea que me tema...

Myriam crecía ante su ojos, radiante y en su rusticidad, olvidaba al bondadoso Rabanna José.

Bajó a la hora de la siesta y halló en su camino a la hermana de Myriam que marchaba a su encuentro. Achsa corrió hacia ella con alegría.

—Dios te guarde, Achsa. Traigo nuevas para ti. Escucha mis palabras. Marcha a Belén. Cuarenta leguas dista Egipto desde Efrata y si no te desvías de tu ruta, tu viaje puede durar diez días solamente. Toma el camino de Joppe y sigue luego la orilla del mar. Detén tu marcha en la ciudad que llaman Heliópolis. Allí moran José y su familia. Que el Señor sea contigo y guíe tus pasos sin tropiezo. Dirás a Myriam de mi parte que, a pesar de la ausencia, en nuestros corazones hay consuelo porque El ya habita entre los hombres.

Achsa repuso con gratitud:

—Que tu Dios sea contigo, galilea. Mi Dios es sólo un nombre. Gracias. Daré tu recado a mi ama.

Le entregó María de Cleofás dos pares de zandalias nuevas y unos denarios y le dió también, vino y aceite para el viaje y ambas se despidieron.

Achsa sabía de penurias. Su estómago estaba habituado a la comida de los animales, sus pies a los caminos rudos, su piel a la intemperie. La guiaba el deseo de ver a My-

Llegaré porque quiero llegar, contestó la mendiga.



riam y a Rabanna José y al hijo que Jehová les había encomendado.

Llegó a Belén.

Achsa había vuelto a ver a sus amigos de Samaria. Cuando supieron de sus labios hacia dónde iba, movieron con lástima sus cabezas.

—Es dura esta ruta, Achsa, aún para ti que eres como las cabras del Ebal. Vuelve, porque no llegarás.

—Llegaré porque quiero llegar.

—Toma entonces el camino del Shur, que parte de Beer-Sheba. Es más seguro, porque es la ruta de las caravanas y no te hallarás tan sólo al cruzar el desierto. Este camino te llevará directamente a la ciudad de Pithom. Desde allí te será fácil llegar a la Heliópolis.

—Esta ruta seguiré y que vuestro Dios sea con vosotros.

Y Achsa, la mendiga, partió a la tierra de Egipto; sola como su vida. Durmiendo en los caminos entre peñas y matorrales.

(Continuará)



RECUERDE: Santiago Merande, su tío Juan Salvere y su amigo Gabriel Montrose van al África y se adentran en el Sudán en busca de un tesoro que ha enterrado Felipe Merande, tío paterno de Santiago. Los expedicionarios son atacados por los terribles mungos, pero gracias al ingenio de don Juan Salvere y a la valentía de Montrose y de todos los expedicionarios, los mungos salen derrotados y se marchan dejando prisionero a uno de los jefes. Kuragán, al ver que sus captores lo tratan con benevolencia y con toda clase de miramientos, se muestra agradecido y decide pelear en compañía de los expedicionarios contra los bandidos que asesinaron a Felipe Merande. Los bandidos, acusados por la sed, alzan bandera de parlamento y se adelantan sin armas. Pero ante las preguntas de Juan Salvere, los bandidos aseguran que ellos no han conocido a Felipe Merande.

CAPITULO XII

—Hemos venido para saber las condiciones de rendición.

—Ante todo, respondió don Juan Salvere, ustedes, los blancos, deben ser juzgados por la muerte de Felipe Merande.

—¡Juzgados! exclamó el hombre de baja estatura poniéndose pálido. ¡Nosotros no conocemos a Felipe Merande!

—¿Con que ustedes no conocieron a Felipe Merande? ¡Eso lo veremos! replicó don Juan Salvere. Les concederemos la paz sólo si aceptan ustedes ser juzgados. Después quedarán libres de volver a su

campamento... para defenderse.

Roberto Stanton no pudo esconder el temblor de sus labios y el grandote de Bird, a pesar de su flema, dejaba entrever una gran turbación. Sin embargo, dijo:

—Si jura usted enviarnos después a nuestro campamento, por mi cuenta acepto su proposición.

—Les doy mi palabra de honor.

—Entonces les diré a los demás que vengan... pero por todos los diablos demen de beber...

Media hora más tarde, todos los bandidos sobrevivientes comparecieron ante el triunvirato compuesto de Salvere, Santiago y Gabriel. Todos estaban sedientos y bebieron con frenesí. Eran seis: Bird, Bob Stanton, Franz Slutter, Jhon Watermann, Comunduros y Abd Alá; dos habían sido muertos por los disparos del fusil ametralladora.

Don Juan Salvere se volvió hacia Santiago y le dijo:

—Sobрино, la suerte de estos hombres está en tus manos; tú sólo puedes servir de juez.

—Acepto, respondió el joven con gravedad, porque siento que es mi deber asumir esta responsabilidad. Pero ustedes dos, mi tío y mi amigo, deberán servirme de consejeros. Que se juzgue primero al árabe Abd Alá.

Dos negros trajeron al árabe. El bandido del desierto estaba sereno, influenciado por el espíritu fatalista, común a todos los árabes que

explican sus infortunios con esta frase: "ESTABA ESCRITO".

—¿Tu nombre? preguntó Santiago Merande.

—Abd Alá, hijo de Ahmed, respondió el árabe.

—Te acusan de haber asesinado a mi tío, Felipe Merande. ¿Admites que yo tenga el derecho de vengar a mi pariente?

—Sí, es la ley, murmuró Abd Alá. Yo combatí contra Felipe Merande, pero no lo maté ni lo herí. Ni siquiera fui consultado cuando decidieron su muerte.

—¿Quiénes lo conderon a muerte y quiénes fueron los ejecutores de la sentencia?

—No lo sé.

—No quieres acusar a nadie. Pero bien puedes decirme quiénes fueron los que no participaron en aquella muerte.

—No lo sé, replicó otra vez el prisionero.

—Si quieres contestar sinceramente a mi pregunta, te dejaré salva la vida.

—Estaba escrito que todo esto debía suceder, replicó el árabe a media voz.

—Está bien, puedes retirarte, dijo Santiago, admirando en su interior la valentía y la lealtad del hijo del desierto.

En seguida hizo un gesto al colossal Kuragán para que trajese a Franz Slutter. Este era un hombre de anchas espaldas, de cuello toruno y de cabeza medio rapada. Una figura verdaderamente repugnante y feroz.

—¿Su nombre? preguntó Merande en tono rudo.

—Franz Slutter.

—Está usted acusado de haber asesinado a Felipe Merande.

—No sé de quién me habla.

—Le hablo del francés que vino al Sudán en busca de una mina de marfil, cuyo secreto, sin duda, usted conocía.

—¡Ah, sí, ya recuerdo! Pero yo no estuve presente en ese asunto. Yo llegué al día siguiente de la muerte de Felipe Merande. Es todo lo que puedo decir.

Santiago, con muestras de impaciencia sacó la carta suprema de su tío y exclamó:

—Esta carta fué escrita por el hombre que ustedes asesinaron. Escuche usted lo que dice: "Muero asesinado por Robert Stanton, Franz Slutter y Milciade Christidi a quien he pedido gracia en vano"...

Una palidez de ceniza se esparció sobre la cara de Slutter, mientras un gesto de espanto torcía su boca.

—¡Falso, falso! exclamó con voz ahogada. Felipe Merande debe haberse equivocado... otro habrá tomado mi nombre...

—¿Los otros dos son culpables? preguntó Santiago con mirada impenetrable.

—¡Claro que Stanton y Christidi son culpables! replicó el miserable. Por lo menos, trató de rectificarse al sentir sobre sí la mirada fija de Stanton, por lo menos ellos ordenaron su muerte.

Santiago hizo retirar a Slutter con orden de no dejarlo comunicarse con los demás compañeros. Le tocaba ahora el turno a Stanton. El bandido avanzó con el rostro contraído por la humillación y la rabia y permaneció silencioso delante de Merande, examinando con inteligente atención la fisonomía del joven. A la primera pregunta que éste le hizo, contestó:



No confieso nada: He venido aquí no como acusado, sino como parlamentario, contestó Robert Stanton; al interrogarlo Santiago Merande.

—Robert Stanton, inglés, nacido en Londres.

—¿Confiesa usted haber dado muerte a Felipe Merande, en compañía de Franz Slutter y de Milciade Christidi?

—No confieso nada. He venido aquí no como acusado, sino como parlamentario. Consiento en depone las armas, si me deja usted salva la vida.

—Roberto Stanton, dijo Santiago lentamente, está usted acusado por la propia víctima. Además, sus dos cómplices lo han acusado también. ¿Qué responde usted a esto?

—La palabra de esos dos cómplices no tiene ningún valor; son unos traidores. Cuanto a la denuncia de Felipe Merande, él ha podido equivocarse. No responderé ninguna cosa más respecto de este asunto. Sólo quiero que me diga ahora, si tendré o no salva la vida.

—No ha negado usted el crimen,

Robert Stanton y tomó debida nota de ello.

En ese momento se produjo un rumor en el cerco exterior y se vió aparecer al griego Comunduros, escoltado por cuatro sudaneses. A la vista del griego, Stanton se puso muy pálido, pero casi en seguida recobró su actitud desdeñosa.

—Tome nota de lo que usted quiera, dijo, pero responda a la pregunta que le hice.

—Usted mismo se responderá dentro de poco; aguarde a que interroge a los demás.

Dos minutos más tarde compareció el griego delante del joven juez. Comunduros estaba lívido y sus manos temblaban continuamente. A la consabida pregunta de Merande, respondió:

—Me llamo Basilio Comunduros soy ingeniero y juro decir la verdad.

—¿Participó usted en la muerte de Felipe Merande?

—No, respondió el griego con mucha energía. Al contrario, yo me opuse; sólo he manejado las armas durante el combate. Soy un hombre débil, un ladrón si usted quiere, pero no soy un asesino. Abd Alá y Watermann, que son inocentes de la muerte de Felipe Merande, podrán atestiguar que yo no miento. Créo que ni siquiera Tom Bird será capaz de contradecirme.

A pesar del miedo que hacía castañetear sus dientes, el miserable griego tenía un gran acento de sinceridad.

—¿Puede usted decirme quiénes son los culpables? preguntó Santiago Merande.

El griego vaciló. No tenía ninguna gana de traicionar a sus compañeros y respondió:

—Hay tres que son inocentes, ya los he nombrado. Un cuarto participó en la muerte, pero sólo indirectamente y después de haber vacilado; ese es Tom Bird. No quiero hablar de los demás.

Se llevaron al griego y trajeron a Watermann. Santiago le dijo:

—Ha sido reconocida su inocencia. Tendrá usted salva la vida, pero será nuestro prisionero. ¿Tiene usted alguna reclamación que hacer?

—Nada. Gracias, señor; es usted un caballero, respondió Watermann.

Santiago le dijo gravemente:

—¿No quiere usted decirme quienes fueron los que "no participaron en la muerte de Felipe Merande? Dígame la verdad, toda la verdad. Ya interrogué a los demás, de manera que si usted miente, yo lo sabré.

Abd Alá no se mezcló en el asunto y Comoduros se opuso...

—¿Y los demás?

—Franz Slutter era el más sanguinario; todo quería resolverlo a fuerza de asesinatos.

—¿Y Stanton?

Watermann bajó la cabeza y no respondió.

—¿Y Bird? preguntó Santiago.

—Ese estuvo vacilante hasta lo último, hasta el momento en que Slutter disparó el tiro de gracia. Christidi y Rockefeller eran también muy sanguinarios, pero murieron.

Santiago Merande hizo compacer a Bird.

—Tom Bird, declaró el joven, hemos interrogado a sus compañeros. Usted ha sido reconocido culpable y merece la muerte. ¿Tiene algo que decir?

—Sí, respondió el atlético bandido; si hubiese dependido de mi sola voluntad, yo no habría dejado asesinar a Felipe Merande. Pero, aunque no voté su muerte, dejé hacer...

—¿Quiénes decidieron la muerte?

—Christidi y Rockefeller; Slutter dió el golpe de gracia.

—Comoduros, Watermann y el árabe son inocentes?

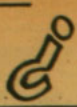
—Sí.

—Está bien. Dentro de poco le daremos a conocer nuestra sentencia.

El bandido se puso densamente pálido y suplicó a don Juan Salvere en un susurro:

—¡Sálveme usted y seré su esclavo!

(Continuará)



QUIEN RAPTO

CAPITULO XIV



1. Jeff sintió pisadas. Entonces se ocultó y pudo ver, con gran sorpresa, que venía un hombre que traía a Chocolate, su propio caballo, de las riendas.



2. ¡Hay un espía en los alrededores!, gritó Slim. Es mejor que nos enmascaremos para que no nos reconozca si nos ve. Todos se colocaron las máscaras.



3. Ahora salgan a buscarlo, continuó Slim. ¡Tenemos que atraparlo! Entre tanto, el mismo Slim, sin darse cuenta se iba acercando a donde Jeff se escondía.



4. /Sabiendo que en cualquier momento sería descubierto, Jeff se preparó. De repente, vió que el enmascarado se volvía para escudriñar las rocas colindantes.



5. Aprovechando que Slim le volvía la espalda, Jeff se acercó a él y, tomando el revólver por el cañón, le asestó un culatazo que lo hizo rodar por el suelo.



6. Respirando nerviosamente, Jeff aprovechó la única ocasión que tenía de escapar. Despojó a Slim de sus ropas y se disfracó de enmascarado, con rapidez.

A HENSON?



7. Con el propio cinturón de Slim, Jeff lo maniató y después de haberlo dejado oculto entre las rocas lo amordazó con un pañuelo, de modo que no podía gritar.



8. Si poca diferencia había entre el verdadero y el falso Slim, menos la hubo cuando se acercó a los otros imitando sus modales.—Es el caballo de Jeff, díjole uno.



9. Jeff no respondió y cuando ya iba a devolverse vió que su caballo, se le acercaba trotando; el inteligente Chocolate había reconocido a su amo.



10. Nunca Jeff se había encontrado en semejante situación, como ahora que Chocolate le prodigaba toda clase de demostraciones de cariño. ¿Qué pasaría ahora?



11. Tres pares de ojos miraban con sospecha al joven cowboy. —Creo que ya podemos desenmascaramos, dijo uno de repente, dirigiéndose a Jeff Warren.



12. Su corazón palpitaba. Una vez que sacara la máscara lo reconocerían, pero no podía negarse. La única solución era no darles la cara a esos desalmados.

(Continuará)

EL CABALLO DE TROYA

El episodio que vamos a narrar ocurrió hace muchísimo tiempo atrás, muchos siglos antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo a la tierra.

Hacia ya diez años que los griegos sitiaban la ciudad de Troya, situada en la antiquísima Asia Menor. Pero ni el ardor guerrero de los asaltantes, ni sus más sutiles astucias, habían logrado rendir a los sitiados. Los baluartes de la ciudad que en vano trataban de quebrantar, permanecían allí como obstáculos infranqueables.

Cansados, desalentados, pensaban ya los griegos en levantar el sitio para volverse a su patria, cuando uno de los jefes, el astuto Ulises, después de haber invocado a Minerva, diosa de la Sabiduría, ideó una ingeniosa estratagema.

Los habitantes de Troya, que desde lo alto de los muros no cesaban de vigilar las idas y venidas de los griegos, una mañana se quedaron admirados al ver que habían empezado a construir en su campamento un extraño artefacto que hora por hora y día por día se elevaba y sobresalía por encima de las tiendas de campaña. Hasta que al cabo de algunas semanas, los vigías troyanos pudieron contemplar la figura de un caballo colosal, hecho de madera y con ruedas en las patas.

Parecía un juguete de niño, pero un juguete de proporciones enormes, gigantescas.

No tardó en esparcirse el rumor de que aquel monstruoso caballo de madera era un regalo que los griegos querían hacer a los troyanos en

homenaje a la heroica resistencia que los sitiados habían opuesto. Como se supone, los troyanos no quisieron aceptar el presente griego que ellos no habían pedido.

Aquellos rumores habían sido echados a correr por los mismos griegos, pero el objeto de aquel caballo monumental era otro muy distinto. Una noche sin luna, a favor de la obscuridad, se metieron dentro del caballo cien de los soldados más aguerridos, entre los cuales se contaba el propio autor de la idea, el ingenioso Ulises. En seguida, hicieron rodar el formidable caballo hasta el pie de los muros de la ciudad y lo dejaron allí abandonado. En seguida, levantaron el campamento y se embarcaron en sus naves.

Pero no se fueron muy lejos. La flota se refugió en una bahía de la isla Tenedos y allí esperaron el resultado de la estratagema que habían urdido.

A la mañana siguiente, los troyanos que vigilaban sobre los muros, prorrumpieron en exclamaciones de júbilo al ver que los griegos habían abandonado el campamento. ¡El enemigo se había cansado por fin y se había retirado!

Después de diez años de duelos y de toda clase de privaciones, la ciudad de Troya renacía de nuevo a la libertad y a la vida. Las puertas se abrieron de par en par y todo el mundo quiso ver de cerca el colosal presente que los griegos habían querido hacerles. No podía negarse que los griegos sabían hacer esculturas maravillosas en piedra, en mármol o en madera, bien lo pro-



Los griegos se precipitaron a las puertas de la ciudad atropellando a todo el mundo.

baba aquella enorme estatua ecuestre. ¿Pero qué hacer con el caballo?

nó el refugio de Tenedos y volvió a Troya.

Alguien dijo que debían entrarlo en la ciudad para guardarlo como recuerdo del heroico comportamiento del pueblo troyano durante el largo sitio que había soportado la ciudad. Los niños gritaban de gusto y brincaban de emoción al saber que aquel gigantesco juguete iba a ponerse en movimiento para entrar en la ciudad. En efecto, amarraron al caballo varios cables y una muchedumbre inmensa lo arrastró haciéndolo pasar por una brecha abierta de propósito en el muro, pues la puerta era demasiado pequeña para dejar paso a un coloso semejante.

Durante este tiempo, Ulises y sus guerreros abrieron sin ruido la prisión de madera. En el acto salieron del caballo y divididos en varios grupos se dirigieron a las diferentes puertas de la ciudad donde mataron a los guardias que no atinaron a defenderse, sorprendidos y aturridos por aquel ataque que venía desde adentro. Todas las puertas fueron abiertas y así pudo entrar todo el grueso del ejército.

Llegó la noche; todo dormía en la ciudad, cuando la flota griega, a favor de la luz de la luna, abando-

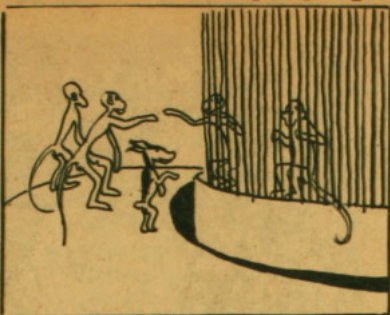
Y así fué cómo cayó al fin la famosa ciudad de Troya, después de una heroica resistencia de diez años. Desde entonces, cuando alguien que no nos quiere muy bien nos hace algún regalo, decimos que puede ser algún "presente griego"

Keraban

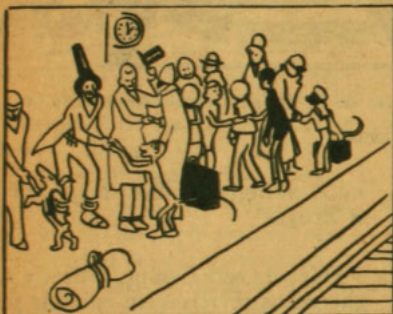
Preparan buen equipaje



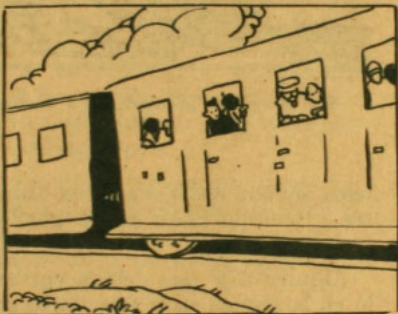
1. Decidido por todos el regreso a su tierra, de monos y negritos, quiere obsequiar Pepito, a los que son sus buenos amiguitos.



2. Y Chochi que también está obsequioso, brinda oportunidad a los negritos de un acto ceremonioso. La despedida de los hermanitos.



3. Ya están en la estación, todos contentos, rodeados de amigos, que aprovechan los últimos momentos de ver a los negritos sonrientes.



4.—Partió el tren entre aplausos y alegrías, raudo y veloz como una pesadilla; los negritos quieren pasarse acomodados en la ventanilla.



5. En el muelle, mientras el barco atraca, Pepito escucha atento a su papá, cuando los tres negritos, despiden cariñosos de la mamá.

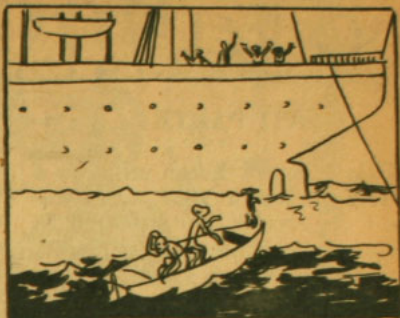


6. Chochi, en tanto, se siente deportista y convida a sus buenos compañeros. ¡No hay quien ante el convite resista. ¡Allá van de regata los remeros!

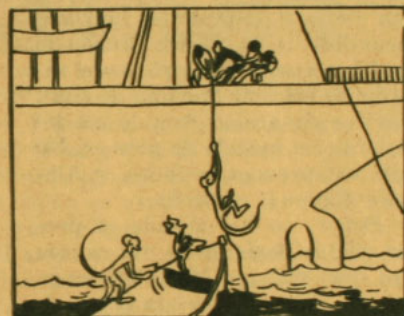
porque se van de viaje.



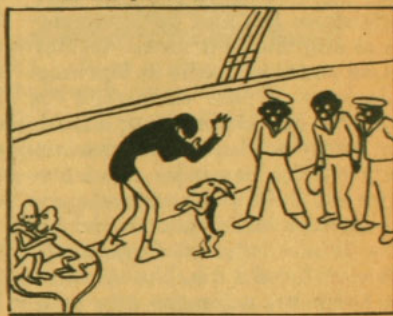
7. Atraca el barco. El capitán, muy fino y cumplido, ofrece sus respetos a los papás; después saluda a los negritos tan inquietos.



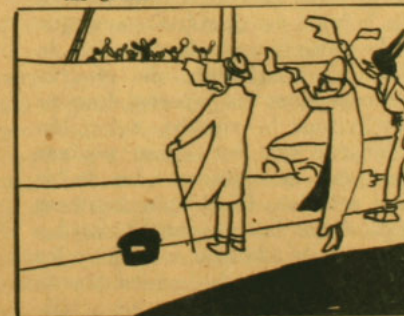
8. Pepito y sus amigos embarcaron, buscan a Chochi, y éste no aparece. ¡Válgame Dios! al cabo le encontraron, retozando en la lancha que el mar mece.



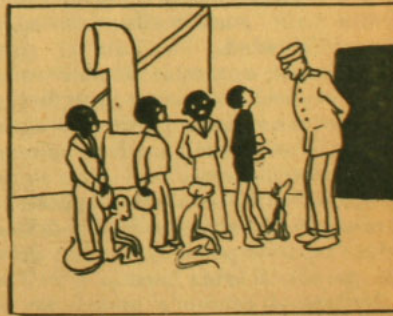
9. Y aquí tenemos a los tres remeros, haciendo filigranas ascendentes. Bien parecen los tres, titiriteros de feria, que divierten a las gentes.



10. A bordo ya los bravos gondoleros, Pepito riñe a Chochi por travieso, mientras los monos, siempre zalameros, se agazapan, pues no esperaban eso.



11. En marcha el barco, nuestros pasajeros, despiden a los padres de Pepito, que lloran al partir los viajeros a un país tan lejano y tan bonito.



12. En alta mar, están sobre cubierta, nuestros amigos con el capitán. Chochi y los monos, el oído alerta, algo proyectan. ¡Ya nos lo dirán!

La Lámpara MARAVILLOSA

VII PARTE

Hijo y madre dieron un adiós a la casa que iban a dejar para siempre y sin olvidar, por supuesto, la lámpara maravillosa, se dirigieron, seguidos de esclavos y servidores, a la residencia del Sultán.

El sonido de las trompetas, anunció su llegada, y la viuda fué introducida al departamento de la princesa. Brudulbura la obsequió cariñosamente. Después de la ceremonia se despidió la princesa del Sultán, su padre, en medio de lágrimas. Y la joven se puso en marcha con la madre de Aladino, seguida de cien esclavos. Iban los músicos delante y a los dos lados doscientos pajes del Sultán con antorchas, lo que unido, a la iluminación del palacio de Aladino, casi reemplazaba a la claridad del día. Una inmensa muchedumbre aclamaba a la princesa, que fué recibida por Aladino en el pórtico.

—Princesa, dijo éste, perdonadme la osadía de haber aspirado a vuestra mano, pues en ello consiste toda mi felicidad.

—Príncipe, contestó Brudulbura, no he hecho más que cumplir con la voluntad de mi padre, y después de haberos visto, confieso que le he obedecido contenta.

Gozoso Aladino con esta respuesta, condujo a su esposa a la sala del festín dispuesto por el Genio con el lujo que sólo él sabía hacerlo.

Durante el banquete se oyó un concierto de voces e instrumentos tan deliciosos, que la princesa aseguró que jamás había oído cosa pa-

recida. Y es que los cantantes eran hadas elegidas por el Genio, esclavo de la lámpara. Luego se dió principio al baile, que al concluir a una hora avanzada de la noche, puso fin a los festejos preparados por Aladino para festejar sus bodas.

Al día siguiente, fué a comer el Sultán en su compañía con los Príncipes, sus hijos, y consagró casi todo el tiempo a examinar el palacio, que calificó por la riqueza y el buen gusto, de una de las mayores maravillas de la tierra. Mucho le llamó la atención al entrar en el salón de las celosías que una de ellas, estuviese sin acabar cuando las demás eran un modelo de primor. No podía comprender la causa, y Aladino entonces le explicó:

—Señor, no he querido exponer que se perfeccione esa celosía para que Vuestra Majestad tenga la gloria y me dispense la honra de concluir por sí mismo este palacio.

—Y lo haré altamente complacido, respondió el Sultán.

Aquel día dió orden a los joyeros más hábiles de su reino para que sin levantar mano terminasen la celosía incrustándola de piedras preciosas, pero los joyeros, después de examinar la riqueza del salón declararon que no tenían piedras que igualasen siquiera a las de las otras celosías. El Sultán entonces les dió todas las que constituían los presentes de Aladino, el Visir y los señores de la corte suministraron las suyas, y sin embargo los artifices no podían llegar ni aún a la mitad de la obra. Viendo Aladino que el Sultán y todos se esforzaban en



El mago gritaba tan fuerte que las esclavas de la princesa le oyeron y propusieron a su señora cambiar por una nueva la lámpara vieja de Aladino.

vano, frotó una noche la lámpara maravillosa y ordenó al Genio que pusiera la celosía idéntica a las demás, como se verificó en un abrir y cerrar de ojos.

El asombro y la admiración del Sultán no tuvo límites al convenirse más del extraordinario poder de Aladino, a quien confió, pasado algún tiempo, el mando de las tropas que iban a castigar a los rebeldes que se habían sublevado en los confines del reino. Aladino se condujo como buen soldado y experto General, y la victoria militar aumentó el prestigio de que ya gozaba por su generosidad.

A pesar del tiempo transecurrido, el mago africano no se había olvidado de Aladino y aunque estaba en la convicción de que éste había muerto en el fondo del subterráneo, consultó, sin embargo, sus signos nigrománticos y supo por el horóscopo que el joven vivía, rico, feliz, unido a una princesa y respetado de todos. Ya no tuvo dudas el mago de

que su víctima había hecho uso de la lámpara maravillosa y resuelto a perder a Aladino, se puso en marcha, sin reposar un instante.

Lleno de rencor entró una noche en la capital donde residía Aladino. La vista del palacio y las noticias que recogió del esplendor del príncipe, confirmó sus sospechas, y ya no pensó en otra cosa que en apoderarse por cualquier medio de la lámpara, poderoso talismán que operaba tales maravillas.

Quiso la fatalidad que Aladino estuviese ausente en una partida de caza, y el mago se aprovechó de esta circunstancia para obrar sin demora. Compró una docena de lámparas de cobre bruñido, las puso en una cesta, y con ellas se dirigió al palacio de Aladino, gritando en la puerta:

—¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por lámparas nuevas?

El mago gritaba con tal fuerza que las esclavas de la princesa le oyeron y propusieron a su señora

cambiar por una nueva la lámpara vieja y ya usada que Aladino tenía colgada en su habitación, y que dejó allí imprudentemente sin confiar a nadie el secreto. Así es que Brudulbura no tuvo inconveniente en acceder a ello creyendo complacer a su esposo, y un esclavo bajó en seguida a verificar el cambio. El mago se apresuró a darle la mejor lámpara que tenía y se alejó rápidamente del palacio.

Cuando llegó la noche frotó la lámpara y en el acto se le apareció el Genio, diciendo:

—¿Qué quieres? Héme aquí dispuesto a obedecerte.

—Te mando, replicó el mago, que transportes el palacio de Aladino con todo lo que contiene, y que me lleves también a mí al Africa, colocándonos en el lugar de mi residencia.

En el acto se cumplieron los deseos del mago, y no tan sólo desapa-

reció el palacio, sino que no quedó ni la señal más leve de que hubiese nunca existido.

Fácil es comprender el asombro, el estupor del Sultán y de la población entera al apercibirse del hecho. Todos creían que eran juguetes de una pesadilla, y el celoso Visir aprovechó la ocasión para decir a su Soberano que siempre calificó a Aladino de mago hechicero. Irritado el Sultán y lleno de pena por la desaparición de su hija, mandó a los oficiales de palacio que fuesen en busca de Aladino para ejecutarlo como impostor y reo de Estado.

Salieron las tropas y a poca distancia de la ciudad encontraron a Aladino dedicado a los placeres de la caza; el príncipe protestó de su inocencia al saber el motivo de la prisión; pero los oficiales cumplieron la orden que tenían, fué encadenado y a pie conducido por las calles de la ciudad. (Continuará)

Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD

5 Premios de	\$ 200
5 " "	" 100
10 " "	" 50
Cortes de género.	
Cortes de casimir.	
Baterías de cocina.	
Medias.	
Suscripciones semestral a	
"EL COLEGIAL".	
Pelotas de futbol.	

Chombas.
Bicicletas para niños y niñas.
Radios.
Zapatos para niños.
Zapatos para niñas.
Tazas de porcelana.
Calcetines.
Juegos de Té.
Muñecas.

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

y en Santiago Librería "Claret" 10 de Julio 1140

PASATIEMPOS

El Enano Happy, por Alej.

Juntar las letras de modo que se lea el nombre de una revista infantil chilena.



Soluciones de los Pasatiempos del N.º 13

Charadas.— 1.— Comadreja.

2.— Carpintero.

Charada ilustrada, por Alej.— Velador.

Jeroglífico, por Arpe.— Sobre-todo.

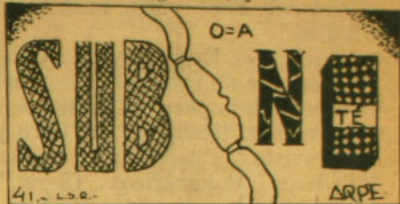
Pepito, por Cheche.— 1.— Elena; 2.— Lirio; 3.— Casco; 4.— Ordeñar; 5.— Lunes; 6.— Eliana; 7.— Grillo; 8.— Intervalo; 9.— Alá; 10.— Lápiz.

Jeroglífico, por Tío Atilio.— Te-són.

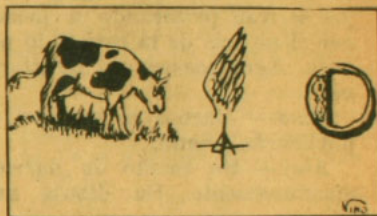


Frase ilustrada, por Tío Atilio.

Jeroglífico, por Arpe.



Jeroglífico, por Nino.



PREMIOS DE LA SECCION
PASATIEMPOS DEL N.º 11

Hemos adjudicado un premio de \$ 5.— a Cheche por su dibujo "Pluto".

Habiéndose recibido muchas soluciones exactas, hemos sorteado cinco premios, correspondiendo \$ 5.— a Julia Vargas, San Bernardo; \$ 5.— a Rogelio Fernández, Avenida Ossa 1541, Santiago; \$ 5.— a Ernestina Rojas, de Talca; \$ 5.— a Raquel Hevia, Recoleta 561, Santiago; \$ 5.— a Sabina Flores, Santiago y \$ 5.— a Tito Verdugo, Bulnes 609, Santiago.

Los favorecidos pueden pasar a retirar sus premios a Talleres Poligráficos Claret, 10 de Julio 1140, los Lunes, Miércoles y Viernes de 10 a 12 y de 3 a 6 P. M. Nuestros colaboradores de provincias pueden hacerlo por carta dirigida al Director de esta Revista.

CORRESPONDENCIA

Orlando Ruz.— Muy buenos sus dibujos.

Briosen.— Está aceptado como colaborador de esta revista y hemos entregado para su publicación su articulito titulado: "El libro y esta revista". Puede suscribirse en "Talleres Poligráficos Claret", pues ahí trabaja también el Director de esta revista. Sus otros trabajos se irán publicando a medida que el espacio de la revista lo permita. Agradecemos sus felicitaciones.

Nino.— Buenos su trabajos. Se publicarán pronto.

Alej.— Su cuento lo daremos oportunamente. Su dibujo muy bueno.

Rose-Marie.— Su carta tan llena de frases amables nos lleva a ser optimistas y creemos como Ud. que "El Colegial", llegará a ser muy grande, pues ya cuenta con gran número de colaboradores chicos y grandes. Todo lo que envía es bueno y lo publicaremos en "Vergel Infantil". Envíe lo que a Ud.

más le agrade. Gracias por sus felicitaciones.

Arpe.— Como siempre buenos sus dibujos. Agradecemos sus felicitaciones tan calurosas por las seriales "Los dos huerfanitos" y "El Tesoro Lejano". Envíe los dibujos para el concurso que ofrece. Por supuesto que serán premiados los trabajos mejores una vez publicados. Irán colaboraciones para ilustrar.

Merval.— Ud. puede suscribirse en "Talleres Poligráficos Claret", 10 de Julio 1140. Se atiende diariamente de 10 a 12 y de 3 a 6 P. M. Se le enviará desde el número uno.

Malva Ovalle.— Agradecemos los nuevos trabajos que nos envía y quedamos esperando el cuento que escribe para "El Colegial". Gracias por sus felicitaciones.

Haran.— Está aceptado como colaborador de esta revista. Haga los dibujos más nítidos y no con tanta sombra. Agradecemos sus felicitaciones por el éxito que en tan corto tiempo ha alcanzado "El Colegial".

Wilson Lagos.— Simpático su cuentecito. Lo publicaremos.

Puchete.— Le aceptamos como entusiasta colaborador.

EL SECRETARIO

A LOS COLABORADORES

Alej, cuya dirección es Correo 3, Santiago, pide a los colaboradores de esta revista, le envíen su dirección para tratar un asunto de interés para todos, relacionado con "El Colegial".

GRAN SORTEO QUE "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA
EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN
DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE CONCURSO.

ESTOS CUPONES SE CANJEAN EN:

LIBRERIA "CLARET"

10 DE JULIO 1140

SANTIAGO

CUPON N.º 3

CEREUS CHILENSIS COLLA

FAMILIA: CACTACEAS

Al divisar por vez primera una planta de quisco, nos sorprenderá la falta absoluta de hojas.

En su lugar encontramos tallos verdes, carnosos y succulentos. La delicada misión de las hojas es cumplida en el quisco por los tallos. De una sola raíz se desprenden generalmente varios tallos ramosos. Las hojas están transformadas en espinas recias y rígidas, que tienen por objeto defender a la planta contra los animales.

El tronco recto columniforme, que con una altura de 6 metros adquiere un espesor de 15 cm., está recorrido por 10-12 surcos longitudinales.

El quisco permanece completamente verde y retiene su savia en épocas y condiciones, que a las demás plantas producen una muerte segura.

Florece el quisco en las provincias centrales en el mes de Octubre. Sus flores grandes (15 cm.) y de forma de embudo, nacen solitarias al lado situado hacia el sol.

El fruto es una baya dulce y carnosa, que contiene numerosas semillas. Vulgarmente recibe el nombre de guillave y es comestible.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).



EL PALOTE O CABALLO DEL DIABLO

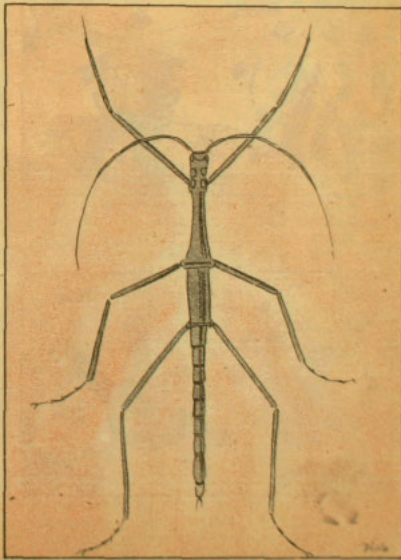
(BACTERIA ESPATULATA)

Palote o Caballo del Diablo, son los nombres con que el vulgo denomina a este Ortóptero.

Es un insecto muy interesante por el mimetismo de forma y color que presenta.

La gente de los campos le atribuye cosas muy terribles, dicen que es un animal mal agüero, que su mordedura es mortal, que cuando muere en determinadas regiones del cuerpo humano produce la muerte casi instantánea. La verdad de las cosas es que el palote es un ser completamente inofensivo, a nadie hace mal, todo lo que de él se diga es falso.

Vive de preferencia en el Boldo cuyo color imita muy bien y es sumamente difícil verlo, es tal su mimetismo que se hace casi imposible verlo.



SOMOS LOS BUENOS MUCHACHOS



1. Bombolito y sus compañeros estaban preparándose para ir a patinar a la laguna cuyas aguas se habían helado completamente, cuando vieron el cartel.



2. Y para hacer respetar la orden, el director mister Gafas había puesto de guardia en la laguna al mismísimo don Copucha. ¿Qué hacer en esta situación?



3. Bombolito se adelantó con mucho sigilo y vió que don Copucha dormía plácidamente. Entonces se le ocurrió una idea y llamó por señas a los muchachos.



4. En menos que canta un gallo, Bombolito, ayudado por los buenos muchachos, colocó un par de patines en las gomas del dormido portero don Copucha.



5. Cuando la treta estuvo lista, Bombolito gritó ahucando la voz: —¡De frente marr! Don Copucha, creyendo que era la voz de su antiguo sargento...



6. Se puso al punto de pie y quiso marchar. Pero los patines lo hicieron deslizar se sobre el hielo con la rapidez del más experto de los patinadores.



7. Los niños aprovecharon el momento para ponerse sus patines y deslizarse gozosamente sobre la laguna helada, mientras don Copucha se daba un costalazo.



8. En eso llegó mister Gafas y exclamó furioso: —¿Cómo quiere que prohíba patinar a los niños cuando usted les da el ejemplo? ¡Es increíble, don Copucha!